

mismos ejercicios, como ellos ajeno á toda instruccion de lujo, á toda ostentacion de doctrina, no buscando nada para sí, y no empleando sino en beneficio del servicio público aquella autoridad que, en una situacion desinteresada, siempre alcanza una autoridad penetrante y bien informada, de índole enérgica é impertertable.

Mas que el estudio, gustábanle los ejercicios corporales, las corridas y la gimnástica, en los cuales aun se complacia en la edad madura. Parece que hasta entónces habia practicado tambien otro ejercicio ó estudio, esto es, el de dirigir y mesurar sus deseos y domar las pasiones, á cuya necesidad marcaba *reglas de conducta en la sociedad*, que fueron conservadas del mismo modo que todos sus adelantos juveniles. Con temperamento ardiente y pasiones vivas, ha debido hacer largas aplicaciones para llegar á ser, como siempre se mostró, digno y comedido, suave y condescendiente con todos, y atento á la delicadeza y urbanidad.

Distinguióse principalmente en las matemáticas, adquiriendo con la geometría un espíritu de orden que entónces aplicaba al arreglo y division de las particularidades de todas las operaciones que queria hacer en sus campamentos, y mas tarde á plantear un sistema en el ejército, previendo y prescribiéndolo todo y hasta revisando las cuentas de la tesorería.

Viajes, cacerías, exploraciones de países lejanos, relaciones amistosas y hostiles con los Indios de las fronteras, fueron los placeres de su juventud, los desahogos de un laborioso y atrevido temperamento que se complacia en las aventuras y peligros que ofrece al hombre la naturaleza grandiosa y selvática, y de que se triunfa con la agilidad y fuerza del cuerpo, la perseverancia y prontitud de ánimo.

Lord Fairfax, rico y generoso Inglés, acostumbra á la mejor sociedad, de gustos literarios, y habiendo heredado vastas posesiones en las orillas del Potomak, y en los pingües valles de los Montes Alleghanes, quiso concluir allí su vida. Con él y su familia hizo relaciones Jorge, y el lord le confió la division de aquellas vastísimas posesiones, adquiriendo así intimidad en aquella casa; y creyéndole aquel buen agrimensor, halló mucho en qué ocuparse y trabajar. El agrimensor en aquellos países es como el precursor de la civilizacion, visitando el desierto, designando los lugares mas oportunos, y preparando la via, por decirlo así, á nuevas sociedades.

Diez y nueve años contaba tan solo cuando fué nombrado comandante de uno de los distritos que se habian formado en las fronteras para rechazar los ataques de los Indios y de los Franceses, principiando así á manifestar su pasion por el arte de la guerra.

Los Franceses seguian poseyendo el Canadá; y mirando con celos á la Inglaterra, amenazaban continuamente sus colonias, atravesaron los grandes lagos, construyeron fortificaciones

en las orillas del Ohio, y antes que aquella tomase providencias, se establecieron allí con el intento de estrechar las colonias inglesas por el Occidente entre los Montes Alleghanes. Inútil es decir las razones que abogaban tanto Ingleses como Franceses sobre unos territorios que realmente pertenecian á los indigenas; pero de ello nació una guerra en la cual perdieron los Franceses aquellas posesiones.

Washington tomó parte en ella, y cuando contaba apenas ventin años fué encargado como comisario (1753) para tratar y explorar al mismo tiempo; en los peligros que ofrecian aquellos terrenos pantanosos y aquellos tratos, adquirió vigor en el cuerpo y en la inteligencia; fué nombrado teniente coronel, y luego comandante superior de las tropas de Virginia. Una refriega en la cual perdió la vida Jumonville, jefe del ejército frances, causó mucho rumor en Europa, porque esta ocurrencia tuvo lugar antes de que las dos naciones se hubiesen declarado la guerra: los periodistas, los poetas y los diplomáticos pintaron este combate como una gran batalla; los unos presentándola como gran victoria, denunciándola los otros como una traicion al derecho de gentes. Á la verdad aquel hecho hubiera empañado los primeros años de la vida de Washington, si se hubiere probado que era culpa suya, pero hoy dia los ménos benévulos hácia él propenden á disculparle.

Washington amaba á sus compañeros, respetaba al rey y al gobernador; pero ni el amor ni el respeto alteraban la independencia de su juicio y de su conducta. Dotado de un admirable instinto de accion y de mando, sabe, ve con qué medios, con qué condiciones puede conducir á buen éxito las cosas que emprende por el rey y por el país; impone á sus soldados cuando se trata de disciplina, de exactitud, de actividad en el servicio militar; impone al gobernador cuando se trata de las tropas, de las provisiones, de la eleccion de oficiales; vuélvese hácia el superior para darle cuenta, á los dependientes para pedirla; tiene palabras claras, prácticas, decisivas, ó con la eficacia que dan al hombre la verdad y la necesidad de los que las emplean. Antes que los hechos lo revelasen, ya lo presentian sus contemporáneos. « Á vuestra salud y fortuna se brinda en todas mesas, » le escribia en 1756 el coronel Fairfax, su primer bienhechor. Los superiores escribian á Lóndres recomendando á Washington á la bondad del rey: sus camaradas, unidos en los templos para invocar la proteccion divina en favor de sus armas, oían con orgullo al elocuente predicador Samuel Davies exclamar celebrando el valor de los Virginianos: « Hé aquí un glorioso modelo en el heróico jóven coronel Washington, que la Providencia salvó luminosamente, sin duda porque está destinado á prestar importantes servicios á su país. »

En un viaje que hizo Washington quince años mas tarde hácia la parte occidental á las orillas del Ohio, un jefe indio anciano, á la cabeza

de su tribu, quiso verle diciendo, que á cierto momento en la batalla de Monongahela, habia disparado varias veces su escopeta contra el comandante de Virginia, y ordenado á los suyos de hacer lo mismo, pero que con sorpresa de todos las balas no habian dado en la señal. Convencido de que el coronel Washington estaba protegido por el grande Espíritu, habia cesado de tirarle, y ahora venia á prestar homenaje al hombre que el Cielo no queria que muriese en batalla. El dicho del anciano jefe se difundió en América, viniendo á ser el argumento de un drama titulado *La profecía india*.

Entónces no hacia Washington la guerra como impuesta por un deber, sino que la amaba con pasion. Leían en 1754 al rey Jorge III un despacho enviado á Lóndres por el gobernador de Virginia, en el cual el jóven caudillo terminaba la narracion de su primera accion con la siguiente frase: « He oido el silbido de las balas, y encuentro en este sonido algo que me enamora. — No hablaria así (exclamó el rey) si no hubiese oido muchos mas. » Washington pensó mas tarde como el rey, y habiendo llegado á ser general en jefe de los Estados Unidos, preguntándole uno si habia dicho en efecto aquella frase, contestó: « Si la he dicho, es prueba que yo era bastante jóven. »

Concluida la campaña, y nombrado miembro de la cámara de los ciudadanos, esta dió él encargo al presidente Robinson de dar las gracias al valeroso y afortunado coronel. Arrebatado de elocuencia el presidente, tanto inundó por decirlo así á Washington con expresiones figuradas y enfáticas, que levantándose este para responderle, no pudo acertar á pronunciar una sola palabra. Entónces el presidente dijole noblemente: « Sentáos, señor Washington, vuestra modestia iguala vuestro valor, y supera por cierto cualquiera fuerza de elocuencia en la palabra que yo pudiese tener. »

Como la elocuencia, así faltaban tambien á Washington aquellas brillantes y extraordinarias dotes que del primer ímpetu excitan la imaginacion humana. No era de aquellos ingenios ardorosos que arrastran en pos de sí para manifestarse la grandeza de sus pensamientos ó de sus pasiones, y que difunden en derredor suyo las riquezas de su próspera naturaleza, ántes que nazca la ocasion para ello ó la necesidad. Ni la inquietud interna, ni la soberbia ambicion, ni el ansia de un gran proyecto, impelian á Washington en contra del curso de las cosas; ni aun tampoco el deseo de la admiracion. Animo firme, corazon elevado, era al mismo tiempo modesto y sereno. Hubiera podido permanecer desconocido á los demas y á sí mismo sin el menor sentimiento, como ciertos pretendidos ingenios no comprendidos, y encontrar en el cultivo del campo el suficiente ejercicio y facultades que habian de bastar mas tarde para mandar ejércitos y fundar un Estado. Presentóse la ocasion, nació la necesidad, y sin esfuerzo alguno de su parte, ni sorpresa para

ninguno, en el discreto y moderado plantador se encontró un grande hombre.

En 6 de enero de 1759 se casó con Marta Custis, viuda con dos hijos, con buena dote, aumentándose así de cien mil duros su patrimonio, en el cual se comprendia mucha hacienda comprada en Monte Vernon heredado, en donde se estableció. Dedicóse entónces á su mejora y cultivo, no ambicionando mas que aumentar su fortuna, cultivar las virtudes sociales, y cumplir con los deberes de ciudadano, y á los muy hábiles y útiles que incumben á un gran propietario. Semejante vida ántes de la Revolucion no ofrecia nada de esplendida ni variada, reduciéndose á la cosecha del tabaco, expedirlo y mantener correspondencia con los que lo vendian. Washington, á invitacion de otros, enviaba dos veces al año á su agente de Lóndres la lista de los artículos que necesitaba, pues de allí iban las hoces, azadones, arados, sillas, bridas, vestidos, utensilios de cocina y demas, exigiendo que mandase las listas originales de los comerciantes, que copiaba en su registro, haciéndolo todo por su mano hasta el libro copiador, y aun cuando hacia ajustes y contratos, esquivaba recurrir á otra persona en todo aquello que podia hacer por sí mismo.

Recibia cortesmente en Monte Vernon al que le visitaba; tenia correspondencia con personas decentes y de calidad, hacia visitas, le gustaban las diversiones, sobre todo la caza, y nunca faltaba á la cámara, de que fué miembro durante quince años. Con frecuencia tambien le pedian algo mas tarde que arreglase pleitos, restableciese la paz, y conciliase intereses.

VI

La guerra de Siete Años habia asegurado á los Ingleses el predominio en Europa y en América, por lo que creyeron poder tratar á los pueblos con la arrogancia con que habian tratado á los reyes. Habiendo contraído grandes deudas, y despues de agotadas en su patria todas las combinaciones de hacienda mas entendidas, trataron de que las colonias les sacasen de sus apuros. En su consecuencia impusieron una ligera contribucion sobre las mercancías que aquellas importaban no directamente de la metrópoli, como las telas, muse-linas de India y el té, y luego un sello en los documentos de transacciones de fe pública (22 de marzo de 1765).

Sucede con la constitucion inglesa lo que con las otras deribadas de los Alemanes, esot es, que nadie pague contribuciones sin haberlas votado; una larga costumbre habia ademas hecho creer, deber quedar exentos los Anglo-Americanos, cuando no lo consintiese su asamblea. Por eso este hecho causó grande rumor como arbitrario y ofensivo. Sucedió luego que se hicieron ligas, que fueron deseadas tam-

hallaba amenazada en la de sus conciudadanos.

Grande fué el entusiasmo de los Americanos por los actos de este congreso; grande la fraternidad de los que sufrían, y mucho se habló de ello en Europa. Una declaración de los derechos del hombre hacia el Estado podía venir á un pueblo nuevo, pero no á aquellos cuyo gobierno se fundaba en la historia; pero sea como quiera, los monarcas en despecho de la Inglaterra, dejaronla traducir y publicar en las gacetas, sin prever el peligroso efecto que podría producir en la imaginación de sus pueblos.

Mirabeau, que se hallaba entonces en la cárcel, escribía en el opúsculo titulado *Des lettres de cachet*: « Las potencias que forman alianza con los Americanos, ¿se atrevieron por ventura á leer aquel manifiesto y á interrogar su conciencia despues de leerlo? Excepto la Confederación Helvética, la Holanda y las Islas Británicas, en ¿dónde hay un gobierno en Europa que, segun los principios y la declaración del congreso, no decaería de sus derechos? Bajo los treinta y dos príncipes de la tercera dinastía de Francia, ¿no hay al menos dos terceras partes de ellos mas culpables hacia sus súbditos que el rey de Inglaterra respecto á sus colonias? »

El rey de Inglaterra y su súbdito parlamento permanecieron en expectativa, confiando sofocar por medio de la fuerza aquel movimiento; rehusaron acceder á las peticiones de los Americanos, y no quisieron oír las ciudades que peroraban en su favor. Creyendo indecoroso el ministro lord Wosth descender á concesiones, hizo que se adoptase el *bill de prohibición* de todo comercio con las trece provincias, declarando de buena presa todo buque ó propiedad de aquellas, excluyéndolos de la pesca de los bancos de Terranova; y para excitar al pueblo, ordenaba rogativas y ayunos solemnes para que las armas británicas alcanzasen la victoria.

Entonces fué cuando Burke exclamó en el parlamento: « ¡Cómo! ¿Llamarnos al pié de los altares con la guerra y la venganza en el corazón? El Salvador nos ha dicho: Paz con vosotros, ¿y nosotros celebramos este día de ayuno público y compuncion sin tener en el corazón y en la boca otra cosa mas que guerra, guerra contra nuestros hermanos? Mientras que nuestras iglesias no se purifiquen de este abominable oficio, yo las miraré, no como templos de Dios, sino como sinagogas de Satanás. »

VIII

Para el que tiene el sentimiento del deber y de la virtud, acto gravísimo es la insurrección, el subvertir el orden de cosas establecido, fundando en su lugar otro nuevo, sin que se pueda apreciar toda la importancia, ni conocerse todo

el peligro que hay en ello. La independencia no era el designio premeditado, ni tampoco si quiera el deseo de las colonias. Algunos mas avisados ó ardorosos la presentian ó la deseaban como término de la resistencia legal; pero el pueblo americano no aspiraba á ella, ni se lo exigían, por decirlo así, sus jefes. Juan Adams, Jay, Madison, Jefferson protestaron gallardamente contra nuestro Bolla, que, en la *Historia de la independencia americana*, supone poco sinceras sus grandes protestas de fidelidad á Jorge III. Y á la verdad, á nosotros habitantes de Europa nos parece tan natural la separación de las colonias, estaba acá tan previsto, y el éxito fué tan feliz que nos parece haber sido muy deseado ántes de la guerra; ni tampoco adivinamos los obstáculos interiores que impedian el romper con la madre patria, por lo que fácilmente nos inclinamos á ver en sus sentimientos una ficción, una exageración de las dificultades, para exagerar tambien el mérito de haberlas allanado y vencido. En realidad eran súbditos exigentes, resueltos á que se les gobernase bien, pero no adversarios sistemáticos. Habiendo vestido y regimentado veinticinco mil hombres para guerrear contra los Franceses, y pudiendo disponer de treinta mil marinos, se creían bastante fuertes para pretender á la prosperidad; y no sin prevision los hombres políticos de Inglaterra habian sugerido que se dejasen los Franceses en el Canadá, para que los colonos sintiesen siempre en el flanco un enemigo respetable.

Por eso escribía Adams: « Despues de los desastres de la guerra de Siete Años, yo y algunos otros llegamos á desear no tener nada que hacer con la Gran Bretaña, persuadidos de que, sin los socorros y los embarazos de la Inglaterra, nos hubiéramos creído capaces de defendernos contra los Franceses y los Indios. Mas esto no era mas que una idea fugitiva de los menos; pues yo mismo, despues de la conquista del Canadá, volví de allí muy soberbio de llevar el nombre inglés, y siempre hubiera pensado de la misma manera, sin la traición del rey y del parlamento. »

Y por su parte Jefferson decia al señor Randolph en 29 de setiembre de 1775: « Creedme, no hay un hombre en todo el imperio británico que desee mas cordialmente que yo la union con la Gran Bretaña; pero por aquel Dios que me creó, ántes moriré que aceptar esta union con las condiciones propuestas por el parlamento, y con esto creo expresar los sentimientos de la América. No nos faltan motivos ni medios para declarar y sostener nuestra independencia, y aunque falta la voluntad, esta crece poco á poco, gracias á los trabajos de nuestro rey. »

Tambien Washington decia al capitán Mackenzie el 9 de octubre de 1774: « Os hacen creer que el pueblo de Massachusset sea rebelde desaforado por la independencia; os

engañan groseramente; pues puedo aseguráros que la independencia no es el deseo ni el interes de esta colonia, ni el de ninguno otra de tierra firme, separada ó colectivamente. Pero ninguno tolerará nunca que se pierdan aquellos privilegios, aquellos preciosos derechos que son esencialmente necesarios al bienestar de todo Estado libre, y sin los cuales no tienen seguridad ninguna la propiedad, la vida y la libertad. »

Se dijo y se escribió que Washington, al principio, no estaba de acuerdo con sus amigos respecto á resistir á la madre patria. Las carias impresas en tal sentido están reconocidas como falsas; y ciertamente ninguno fué mas activo ni tuvo mas ardor en sostener públicamente los derechos de las colonias; deseó una conciliación, como la desearon Franklin, Jay, Jefferson y Adams, y acaso todos los mejores: su buena madre le exhortaba á ello, á tal punto que nunca pudo consolarse de ver á su hijo en las filas rebeldes. Pero como el rey se obstinó; como despues de la contribucion del timbre vino otra sobre el té, sobre los colores, sobre el papel, Washington escribía á Mason en abril de 1769: « No debe haber un solo hombre que titubee un momento, ó tema tomar las armas para defender su bien tan precioso como es la libertad trasmitida por nuestros abuelos. Con todo, recurrir á las armas es el último paso, y no se debe hacer sino en un caso extremo. Dicen que se han probado ya la ineficacia de los recursos hechos á la corona y las peticiones al parlamento; y con todo, nos queda por probar hasta qué punto puede despertarse y sorprenderse su atención en favor de nuestros derechos y privilegios, arruinando su comercio é industria. Las colonias del Norte tratan de probar este expediente, que en mi concepto es excelente, y debe producir efectos saludables, adoptado por todos. » El mismo presentó á la asamblea el proyecto de no importación. Pero imitado y comprometido Jorge III, sostenía y hasta excitaba á la lucha á los ministros y al parlamento, sin tener en cuenta ni las súplicas que le dirigían, ni las que por él dirigían al Cielo.

Gage, luego que recibió refuerzos, envió tropas al Massachusset para destruir los almacenes de armas americanos; y en Lexington, encontrándose con milicias ciudadanas, las atacó sin haber sido provocado: primeras hostilidades desgraciadamente para los Ingleses. Entonces un nuevo congreso en Filadelfia pronuncia la Confederación de las trece provincias, aliándose en tempestad y en bonanza.

Insinuóse á cada colonia el darse la forma de gobierno que creyesen mas adecuada á sus intereses, y todas se apresuraron á hacerlo. La forma popular prevaleció en los países que no tenían clases privilegiadas, sino fortunas mediocres y costumbres sencillas. El sistema representativo, adoptado universalmente, se

modificó segun las circunstancias particulares; el poder legislativo fué dividido entre la cámara de representantes que proponía, y el Senado que sancionaba las leyes; la elección era directa; la autoridad judiciaria permanecía distinta; se protegían todas las religiones, y eran excluidos de los empleos los ministros del culto.

Bien que no pudiese el congreso decretar de plena autoridad, en razon á que sus miembros eran mas bien que otra cosa simples delegados de las várias colonias, y por consiguiente tenían que ser ratificadas sus decisiones por cada una de aquellas, con moderación y actividad disponía la guerra, sostenía el crédito, publicaba bandos para justificarse á la faz del mundo (1); establecía nuevos gobiernos en las colonias; armaba en corso para atacar la marina inglesa; nombró por presidente á Juan Hancock, y creó un papel moneda y un ejército central, dando el mando de él á Washington.

IX

En una revolucion particular, que no procedía de lucha intestina de clase contra clase,

(1) « Hallándonos en la dura alternativa de someternos sin condicion á la tiranía de irritados ministros, ó de resistir por medio de la fuerza, y puestos en balanza los peligros de los dos partidos, hemos hallado que nada es ménos soportable que una voluntaria esclavitud. El honor, la justicia y la humanidad nos prohiben repudiar vilmente la libertad que recibimos de nuestros generosos mayores, y que nuestra inocente posteridad tiene el derecho de heredar de nosotros. No podemos soportar la infamia de abandonar las futuras generaciones á una inevitable miseria, dejándolas la esclavitud como única ventaja. Nuestra causa es justa, la union perfecta, grande la fuerza, y si fuese necesario no faltarán auxilios de afuera. Prueba señalada de la proteccion divina, y prenda de feliz éxito, es el no habernos decidido á esta tremenda contienda, sino cuando ya habíamos reunido nuestras fuerzas, preparado la defensa, y adquirido por medio del ejercicio de las armas el vigor necesario para sostenerla. Escudados con esta consoladora reflexion, declaramos delante de Dios y de los hombres, que haremos uso con toda nuestra fuerza en defensa de la libertad, de las armas que el benéfico Criador nos ha puesto en la mano, y á las que muchos enemigos nos han obligado á recurrir, resueltos á morir libres ántes que vivir esclavos. »

« Mas para remover las dudas que pudieran nacer de esta declaración en los ánimos de nuestros amigos y conciudadanos, les aseguramos que no es nuestra intencion el romper aquella union que hace tanto tiempo subsiste entre nosotros. No hemos empuñado las armas por ambicion de separarnos de la Gran Bretaña y formar un Estado independiente, ni combatimos por glorias ó conquistas. Al mundo absorto presentamos el espectáculo de un pueblo atacado y sin defensa por un enemigo que no hemos provocado, y que vanagloriándose de humano y civilizado, no ofrece otras condiciones que la esclavitud ó la muerte. Empuñamos las armas en nuestra propia casa, en defensa de una libertad que recibimos con la vida, para conservar las propiedades adquiridas por medio de nuestra honrada industria y de los sudores de nuestros padres, y no las dejaremos de la mano sino cuando hayan cesado las hostilidades de nuestros injustos agresores, y con ellas el peligro de que no volverán á renacer. »

« Poniendo toda nuestra confianza en la bondad del supremo é imparcial Juez y Regulador del universo, le suplicamos nos proteja en esta lucha, á fin de que termine en nuestro favor, haciendo doblegar el corazón de nuestros adversarios á una reconciliacion razonable, librando así el imperio del azote de la guerra civil. »

bien se hicieron reclamaciones, pero el ministro Grenville, arbitrario y obstinado, se negó á oirlas, apoyado del parlamento, que esperaba que una vez adoptada esta resolución, aumentaría los fondos del tesoro de trescientas mil libras esterlinas, aligerando así al pueblo inglés.

Ya no quedaba, pues, otro medio á los Americanos que oponerse abiertamente, siendo los primeros que se aventuraron los Virginianos, luego los otros de la Nueva Inglaterra, negándose á recibir las mercancías inglesas, modo terrible de arruinar un país que solo vivía de ellas. Sobre esto, la plebe se reunía en ruidosas demostraciones; llevábanse al cementerio féretros con el nombre de libertad; destrozáronse los fardos del papel sellado, y para no tener necesidad de él, se interrumpieron los actos públicos, en los cuales había sido declarado necesario el sello, y se estableció una sociedad de los *Hijos de la libertad* para alimentar el fervor.

El no consumo de las mercancías perjudicaba mucho mas á la Inglaterra que lo que la hubiera aprovechado el sello ó timbre. La oposición parlamentaria apoyó las razones que asistían á las colonias, y entrando en el ministerio con Pitt, propuso revocar aquella contribucion. Obtenido este resultado, hubo aun mas aprobacion y regocijo en Inglaterra que en América; pero ademas de que la oposición pública se inclina siempre á ver debilidad en un gobierno que cede á los deseos del pueblo, uníase á este acto una declaracion, de « estar las colonias por derecho subordinadas y dependientes á la corona y al parlamento inglés, en quien residia la autoridad y pleno poder de hacer leyes y estatutos que las obligaban. » Mas al examinarse esta contribucion, se habian ventilado los derechos de la metrópoli, y no tan solo sostenido que no competía al parlamento imponerla, por no haber en él representantes de las colonias, sino que se habia impugnado toda supremacia y poder legislativo de aquella. Semejante declaracion pareció, pues, tiránica á los colonos, y el gobierno inglés aun obró con tal imprevisión que irritó cada vez mas, porque, abolido el timbre, se pensó en imponer un pequeño subsidio sobre los cristales, los colores, el té y el papel que se introdujesen. Los Americanos se opusieron á ello con el mismo teson, prohibiendo la importacion de dichas mercancías. El Massachusset invitó á las demas colonias á que se unieran; las tropas enviadas para apagar aquellas primeras chispas solo sirvieron para atizar el fuego, los colonos, reunidos en asamblea general en Boston, tomaron el partido de confederarse, y de no dejar acercarse la marina mercante inglesa.

Muchísimas casas de comercio de Inglaterra se alarmaron sobremanera, á tal punto que el nuevo ministro lord North, amable cortesano, buen hacendista y detestable ministro, abolió la contribucion (febrero de 1770,) conservando

tan solo la del té, no por el fruto que de ella se esperase, sino para sostener el dogma de la supremacia. No se hicieron ilusiones los jefes americanos, y revocando la exclusion de las otras mercancías, solo conservaron la del té, echándose así un poco de ceniza sobre el fuego que encubria.

El librero Boniamino Franklin, enviado á Lóndres como agente de la colonia, pudo interceptar cartas del gobernador Hutchinson, en las que, acriminando aquellos países, excitaba á los Ingleses á reprimir vigorosamente aquel aliento de independencía. Divulgadas por medio de la imprenta, pidieron los Americanos que se relevase del mando á Hutchinson por serles contrario; el rey se negó á ello, pero un poco mas tarde le reemplazó por Tomas Gage, que mandaba allí el ejército.

Las colonias no echaron esto en olvido para unirse mas entre sí, formando juntas en cada una de ellas que correspondiesen con la principal de Boston, y velasen por la libertad. Esto era ya un verdadero gobierno independiente; solo faltaba un pretexto ó pequeño choque para declararlo, que facilitó el parlamento con sus órdenes imprevisoras.

Rehusado el té inglés, recibíanlo los Americanos de Holanda de contrabando, por manera que la Compañía inglesa de las Indias Orientales bien pronto vió acumularse en sus almacenes diez y ocho millones de libras, que era el principal género de su despacho. Para sacarla de su mala posicion, propuso el ministro North que la Compañía pudiese exportar el té, sin pagar el acostumbrado impuesto de un chelín, estableciendo almacenes en América, y pagando tres peniques por libra que vendiese. Con tales pactos aun le concedía el monopolio, por lo que se arruinaron los comerciantes de América que importaban el té directamente de Inglaterra, como igualmente los que le vendían al por menor. Entónces resolviéronse los Americanos á no tomarlo; rehusan la entrada á los buques que lo llevaban, y lo que habia desembarcado, ó permanecia en los fondeaderos hasta que se podría, ó se arrojaba al mar. Esta era una cuestion de derecho y de honor, no de comodidad ó de interes material: los impuestos valian una bagatela, y causaban poco disturbio á los colonos; pero estos eran de aquellos hombres para quienes las incomodidades del alma son las mas amargas, y que no saborean ni les gusta el reposo adquirido á costa del honor. « ¿De qué se trata y de qué disputamos? ¿Es acaso exorbitante el impuesto de seis sueldos por libra de té? no por cierto, pero lo que nosotros contestamos es el derecho (1). » Tales eran al principio de la contienda el lenguaje de Washington y el sentimiento público, sentimiento político no ménos que moral, que demuestra sensatez y virtud.

(1) Washington á Brian Fairfax. *Writings*; Boston, 1834, t. II, pág. 302.

Parecióle al ministro North no quedarle otra cosa que hacer mas que la represion y el castigo, por lo cual prohibió el puerto de Boston; y abolida la carta de Massachusset, y autorizado el gobernador de las colonias á expedir á Inglaterra los alborotadores para ser juzgados allí, dió tropas á Gage para poner en ejecucion estas órdenes.

Mas considerando las colonias como un mal comun el que se hiciera á Boston y á Massachusset, repudiaron unánimes las mercancías británicas, y los puertos declararon que no sufrirían nunca aprovecharse de ventajas en perjuicio de sus propios hermanos.

En diez años de discusiones, todos habian podido estudiar los puntos fundamentales de la legislacion. Las teorías republicanas de Sidney y de Locke no solo habian sido bien recibidas, sino puestas á prueba; los periódicos debatían cuestiones capitales; las reuniones ya hacia tiempo que estaban en uso por la administracion interior; en una pabra, habia atrevimiento, experiencia y organizacion, al paso que la libertad de la imprenta propagaba este ardor no ménos en América que en Europa.

En Boston llamaban árbol de la libertad á un olmo, bajo el cual se reunían los ciudadanos; y bien pronto se plantaron por todas partes árboles de la libertad, siendo convertidas las reuniones en conventículos revolucionarios.

En las muchas ligas y reuniones que se formaron en aquellos tiempos en las colonias, ya locales, ya generales, momentáneas ó permanentes, cámaras de ciudadanos, de representantes, convenciones, juntas, congresos, en ellas se reunían hombres de opuestas inclinaciones. Algunos llenos de respeto por la madre patria; otros amantes de la patria americana que nacía á sus ojos y por sus propios esfuerzos; aquellos dolientes é inquietos, estos llenos de ardor y confianza, movidos todos de un igual sentimiento de dignidad y de la misma resolucion de resistencia, manifestaban libremente sus ideas é impresiones, sin despecho, envidia ú oposicion; y respetándose en su reciproca libertad, ventilaban juntos el grande asunto del país, con aquellos miramientos de circunspeccion y de justicia que aseguran la victoria y hacen que cueste ménos cara.

De independencía aun no se hablaba, sino del derecho de imponer contribuciones, y de la injusticia de sacrificar al lujo de Lóndres lo que pertenecía á la seguridad propia; pero como suele suceder, el movimiento iba creciendo en velocidad, y pronto se negó obediencia al gobierno. Sin embargo, en vez de la anarquía que esperaban los enemigos, observábase voluntariamente una vigorosa disciplina, y se tomaba una actitud de defensa, constituyéndose un congreso general de las colonias en Filadelfia. El peligro comun familiarizaba y unía entre sí aquellos que no habian podido ponerse de acuerdo al principio

para repeler á los Indios que los amenazaban indistintamente.

La Europa, ebria entónces con los vapores de la filantropía liberal, tomaba interes en esta resistencia legal á la opresion; por manera que, en unos tiempos en que toda especie de entusiasmo habia sucumbido á la árida incredulidad, renació la necesidad de creer en algo; y como habia una grande afición á discutir los derechos de otros en donde no se podían discutir los propios, resultaba que el mayor número favorecía á los Americanos, ora por la propension hácia una gente que reclamaba derechos amenazados, ora por el deseo de ver humillada la Inglaterra, que habia llegado á ser, por decirlo así, la déspota de Europa.

VII.

Convínose en el congreso de Filadelfia de 5 de setiembre de 1774, que cada colonia tuviese un solo voto, saliendo á luz la famosa *Declaracion de los derechos*. Expuesto cómo se habia arrogado el parlamento británico el derecho de legislar, y el de imponer contribuciones; cómo habia extendido la jurisdiccion de los tribunales al almirantazgo; declarado á los jueces, gobernadores y consejeros dependientes de la corona; mantenido un ejército durante la paz; decretado el poder ser trasportados á Inglaterra para ser juzgados á los acusados de traicion; declarado prohibido el puerto de Boston, y anulada la constitucion del Massachusset, afirmaban en su consecuencia haber declarado los diputados que los colonos tenían un derecho á la vida, á la propiedad y á la libertad como los primeros emigrados sus abuelos; que no podia el parlamento inglés hacer leyes para ellos, no teniendo allí quien los representase; que no debían ser juzgados sino por sus iguales y vecinos; que tenían la facultad de reunirse para discutir sus intereses y hacer peticiones al rey, y en su consecuencia anulaban todo acto inconstitucional, y acordaban no introducir géneros procedentes de Inglaterra, ni exportar los suyos allá.

Era este un programa bastante modesto que no contentaba á muchos, pero á pesar de eso le aprobaron. Tan buen acuerdo en medio de tanta libertad, no fué sin embargo una prudencia pasajera, ni tampoco un feliz resultado del primer entusiasmo, sino que en todo el decenio que duró la lucha, los hombres mas divergentes entre sí, jóvenes ó viejos, moderados ó exaltados, todos perseveraron de acuerdo en el grande objeto nacional, los unos mas prudentes, los otros con el teson suficiente para evitar un rompimiento.

Al rey dirigiéronle una carta, respetuosa en la forma, pero mas franca que las que estaba acostumbrado á recibir; y otra á la nacion inglesa, haciéndola ver que su propia libertad se